

—Eso no hará buen efecto.

Pedro, á quien volvía á invadir su enervamiento, quiso saber lo que pretendía decir Marowsko. ¿Por qué no haría buen efecto? ¿Qué mal efecto podía resultar de que su hermano heredase la fortuna de un amigo de la familia?

Pero el polaco circunspecto no quiso explicarse más.

—En ese caso se deja á los dos hermanos iguales. Le digo á Ud. que no hará buen efecto.

El doctor, impaciente, se marchó, entró en la casa paterna y se acostó.

Durante algún tiempo oyó á Juan que paseaba por su cuarto, y se durmió después de beber dos vasos de agua.

III

El día siguiente el doctor se levantó con la firme resolución de hacer fortuna.

Ya muchas veces había tomado esta resolución, sin llevarla jamás á la práctica. Al principio de cada una de sus tentativas de nueva carrera la esperanza de la riqueza rápidamente adquirida sostenía sus esfuerzos y su confianza, hasta que se presentaba el primer obstáculo ó hasta que el primer contratempo le impelía á tomar otro camino.

Meditaba en la cama, metido entre las sábanas. ¡Cuántos médicos se habían hecho millonarios en poco tiem-

po! Bastaba saberse manejar, porque en el curso de sus estudios había podido apreciar á los más célebres profesores, y los tenía por grandes borricos. Seguramente él valía tanto como ellos, si no más. Si lograba por cualquier medio adquirir la clientela elegante y rica del Havre, podía ganar fácilmente cien mil francos anuales. Y calculaba matemáticamente las ganancias aseguradas. Por la mañana saldría á visitar á sus enfermos. Tomando un término medio de diez al día, á razón de veinte francos cada uno, tendría un minimum de setenta y dos mil francos, y aun setenta y cinco mil, porque la cifra de diez enfermos era inferior á lo que se podía esperar. Después del mediodía recibiría en su gabinete otros diez clientes, por lo menos á diez francos, ó sean treinta y seis mil francos. Total, ciento veinte mil francos en números redondos. Los clientes antiguos y los

amigos, á quienes visitaría á domicilio por diez francos, y recibiría en su casa por cinco, producirían en estos ingresos una ligera disminución, compensada por las consultas con otros médicos y los demás beneficios corrientes de la profesión.

Nada más fácil que llegar á esto por medio de hábiles reclamos, de sueltos en el *Figaro*, diciendo que la Facultad de París tenía los ojos fijos en él, y se interesaba por las curaciones sorprendentes emprendidas por el joven y modesto sabio del Havre. Y sería más rico que su hermano, más rico y célebre, y estaría muy contento de sí mismo, porque no debería la fortuna más que á sí propio; y se mostraría generoso con sus ancianos padres, justamente orgullosos de su fama. No se casaría, porque no quería paralizar su existencia con una mujer única y molesta, pero tendría queridas entre sus más lindas clientes.

Se creía tan seguro del éxito, que saltó de la cama como para realizar en seguida su plan, y se vistió con objeto de salir á buscar la habitación que necesitaba.

Andando por las calles, pensó qué ligeras son las causas determinantes de nuestras acciones. Hacía tres semanas que hubiera podido y debido tomar esta resolución, nacida súbitamente en él, sin la menor duda, á consecuencia de la herencia de su hermano.

Se detenía delante de todas las puertas donde algún cartelito anunciaba una hermosa habitación ó un buen cuarto para alquilar: las indicaciones sin adjetivo las dejaba desdeñosamente. Las otras habitaciones pedía que se las enseñasen, y las examinaba mostrándose muy exigente. Medía la altura de los techos, dibujaba en su cartera el plano de la casa, las comunicaciones, la disposición de las salidas, anunciando que era médico y re-

cibía mucha gente. Necesitaba que la escalera fuera ancha y buena y no podía pasar del primer piso.

Después de haber anotado siete ú ocho direcciones, volvió á su casa para almorzar con un cuarto de hora de retraso.

Desde el vestíbulo oyó ruido de platos. Comían sin él. ¿Por qué? Nunca eran tan puntuales en la casa. Se sintió contrariado y descontento, porque era un poco susceptible. Cuando entró le dijo Roland:

—Vamos, hombre, despacha. ¡Qué diantre! Ya sabes que á las dos tenemos que estar en casa del notario. No hay tiempo que perder.

El doctor se sentó sin contestar, después de besar á su madre y dar la mano á su padre y á Juan, y tomó de la fuente que había en medio de la mesa la chuleta reservada para él. Estaba fría y seca. Sin duda era la peor. Pensó que hubieran podido dejarla en

la cocina hasta que llegara y no perder la cabeza en términos de olvidar al hijo primogénito. La conversación interrumpida por su llegada se reanudó de nuevo.

—Yo—decía á Juan su madre,—mira lo que haría. Me instalaría lujosamente para llamar la atención, me presentaría en sociedad, montaría á caballo y escogería una ó dos causas interesantes para defenderlas. Quisiera ser una especie de abogado por afición á quien todos buscaran. Gracias á Dios estás á cubierto de la necesidad, y si tomas una profesión es por no perder el fruto de tus estudios y porque un hombre no debe estar sin hacer nada.

Roland, que mondaba una pera, decía:

—¡Cristo! Yo en tu lugar compraría una balandra que no la hubiera mejor. Iría hasta el Senegal en ella.

Pedro, á su vez, dió su opinión. En suma, la fortuna no constituye el valor moral ni intelectual de un hombre. Para las medianías no es sino una causa de envilecimiento, y por el contrario, en manos de los fuertes es una palanca poderosa. Pero éstos escasean. Si Juan era realmente un hombre superior, podría demostrarlo cuando se hallaba á cubierto de la necesidad. Pero necesitaba trabajar cien veces más que lo hubiera hecho en otras circunstancias. No se trataba de abogar en pro ó en contra de la viuda y del huérfano y embolsar tantos miles por cada pleito ganado ó perdido, sino de hacerse un jurisconsulto eminente, una lumbrera del derecho.

Y añadió como conclusión:

—Si yo tuviera dinero, haría la disección de muchos cadáveres.

Roland se encogió de hombros.

—Todo eso es música. La vida se ha de pasar lo mejor posible. No somos

bestias de carga, sino hombres. Cuando se nace pobre, hay que trabajar; pues bien, tanto peor, se trabaja. Pero cuando se tienen rentas, es estúpido afanarse.

Pedro respondió con altivez:

—Nuestras tendencias no son las mismas. Yo no respeto en el mundo más que el saber y la inteligencia; todo lo demás es despreciable.

La señora de Roland, que procuraba siempre amortiguar los incesantes choques entre el padre y el hijo, cambió de conversación y habló de un asesinato que había sido cometido la semana anterior en Bolbec-Nointot. Los ánimos se preocuparon desde luego de las circunstancias que rodeaban el crimen, atraídos por el horror interesante, por el misterio de estos hechos, que aun siendo vulgares y repugnantes ejercen sobre la curiosidad humana una extraña y general fascinación.

De cuando en cuando Roland sacaba el reloj.

—Vamos—dijo,—habrá que marchar.

Pedro replicó:

—No es más que la una. Verdaderamente, no valía la pena de hacerme comer una chuleta fría.

—¿Vienes á casa del notario?—preguntó la madre.

Él contestó secamente:

—¿Yo? ¿para qué? No hago falta.

Juan permaneció callado, como si no se tratara de él. Cuando se habló del asesinato de Bolbec, emitió como jurista algunas ideas y desarrolló varias consideraciones sobre los crímenes y los criminales. Pero luego guardó silencio, aunque la animación de sus ojos, el color arrebatado de sus mejillas y hasta el brillo de su barba parecían proclamar su dicha.

Luego que salió la familia, Pedro, hallándose otra vez solo, volvió á sus

anteriores investigaciones en busca de habitaciones desalquiladas.

Después de dos ó tres horas de subir y bajar escaleras encontró en el boulevard de Francisco I una muy bonita: era un gran entresuelo con dos puertas que daban á calles diferentes, dos salones, una galería de cristales, donde los enfermos que aguardasen turno podrían pasear entre flores, y un precioso comedor en forma de rotonda con vistas al mar.

En el momento de cerrar el trato le detuvo el precio de tres mil francos, porque había que pagar el primer trimestre y él no tenía un céntimo.

La pequeña fortuna ganada por su padre apenas producía ocho mil francos de renta, y Pedro se acusaba de haber puesto muchas veces en apuro á sus padres con sus vacilaciones en la elección de carrera, con sus tentativas siempre abandonadas y sus continuos comienzos de estudios. Se limi-

tó, pues, á ofrecer que daría una contestación á los dos días, y se le ocurrió pedir á su hermano el importe del primer trimestre, ó mejor de un semestre, mil quinientos francos, cuando Juan entrara en posesión de la herencia.

“Será un préstamo de algunos meses, pensaba. Tal vez le pagaré antes de fin de año. Es cosa insignificante, y él se alegrará de hacer eso por mí.”

Como no eran aún las cuatro y no tenía nada que hacer, absolutamente nada, fué á sentarse en el Jardín público, y allí permaneció mucho tiempo en un banco, sin ideas, con los ojos fijos en el suelo y dominado por una inercia que rayaba en desfallecimiento.

Desde su vuelta á la casa paterna había vivido siempre así, y sin embargo nunca había sentido tan cruelmente el vacío de la existencia y de su inacción. ¿Cómo había pasado el

tiempo desde la mañana hasta la noche?

Había vagado por el muelle á las horas de marea, vagado por las calles, vagado en los cafés, vagado en casa de Marowsko, vagado en todas partes. Y de repente esta vida, soportada hasta entonces, se le hacía odiosa é intolerable. Si hubiera tenido algún dinero, hubiese tomado un carruaje para dar un largo paseo por el campo; pero tenía que mirar mucho el precio de un bock ó de un sello de franqueo y no podía permitirse esos caprichos. Entonces pensó que era duro á los treinta años pasar por la vergüenza de tener que pedir de cuando en cuando veinte francos á su madre, y murmuró revolviendo la tierra con el bastón:

—¡Caramba! ¡si yo tuviera dinero!...

Y el pensamiento de la herencia de su hermano entró en él de nuevo

como la mordedura de un reptil; pero lo desechó con impaciencia, temeroso de resbalar por la pendiente de la envidia.

Cerca de él, rodeándole, jugaban los niños en el suelo. Eran rubios, con largos cabellos, y se ocupaban muy formalmente en levantar montañas de arena, que luego aplastaban con el pie.

Pedro estaba en uno de esos días malos en que se registran todos los rincones del alma y se examinan todos sus pliegues.

“Nuestras tareas se parecen á los trabajos de esos chiquillos”, pensó. Luego se preguntó si no era lo más cuerdo en la vida engendrar dos ó tres de esos pequeños seres inútiles y mirarlos crecer con complacencia y curiosidad. Y entonces pensó en el matrimonio. Cuando no está uno solo se encuentra menos perdido. En los momentos de perturbación é

dumbre se tiene alguien al lado, y ya es algo hablar á una mujer cuando se padece.

Y se puso á pensar en las mujeres.

Las conocía muy poco, porque en el barrio Latino no había tenido más que relaciones de quince días, rotas cuando se le acababa el dinero del mes y reanudadas ó reemplazadas al mes siguiente. Debía haber, sin embargo, algunas muy buenas, muy dulces y muy consoladoras. ¿No había sido su madre la razón y el encanto del hogar paterno? ¡Cuánto hubiera deseado conocer una mujer, una verdadera mujer!

Se levantó de repente con el propósito de hacer una visita á la señora de Rosemilly, pero se volvió á sentar súbitamente. Aquella no le gustaba. Tenía demasiado buen sentido, vulgar y estrecho. Y además, ¿no parecía preferir á Juan? Sin confesárselo á sí mismo de una manera clara,

esta preferencia entraba por mucho en el pobre concepto que tenía de la inteligencia de la viuda, porque aunque él amaba á su hermano no podía menos de juzgarle un poco mediocre y de creerse superior.

Sin embargo, no había de permanecer allí hasta la noche, y se preguntó ansiosamente como la víspera: "¿Qué haré?,"

Sentía en el alma una necesidad de enternecerse, de ser abrazado y consolado. ¿Consolado de qué? No hubiera acertado á decirlo, pero se encontraba en una de esas horas de debilidad y de cansancio en que la presencia de una mujer, su caricia, el contacto de una mano, el roce de un vestido, una mirada dulce, son indispensables á nuestro corazón.

Se acordó de una sirvienta de cerveza á quien acompañó una noche á su casa y á la que visitaba de vez en cuando.

Levantóse de nuevo para ir á beber un bock con ella. ¿Qué la diría? ¿qué diría ella? Nada sin duda. ¿Qué importa? La estrecharía la mano por algunos segundos. Ella parecía gustar de él. ¿Por qué no la veía con más frecuencia?

La encontró dormitando en una silla en la sala casi vacía de la cervecería. Tres bebedores fumaban sus pipas apoyados de codos sobre la mesa; la cajera leía una novela, mientras el dueño, en mangas de camisa, dormía profundamente en la banqueta.

La joven al verle se levantó y acudió con presteza.

—¡Hola! ¿cómo está Ud.?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien. ¿Qué poco viene Ud.?

—No tengo tiempo. Ya sabes que soy médico.

—No lo sabía. Si lo hubiera sabido le hubiese consultado la semana pasa-

da que estuve mala. ¿Qué toma Ud.?

—Un bock, ¿y tú?

—Tomaré otro, ya que lo pagas.

Y continuó tuteándole como si aquello fuera un permiso tácito. Sentados uno enfrente de otro, siguieron hablando. De cuando en cuando ella le cogía la mano con esa familiaridad fácil de las mujeres que venden sus caricias, y dirigiéndole miradas provocativas le decía:

—¿Por qué no vienes más á menudo? Ya sabes que me gustas mucho.

Pero á él le repugnaba la muchacha, que le parecía estúpida, vulgar y apestando á pueblo. “Las mujeres, decía, se nos deben presentar como en un sueño, rodeadas de una aureola de lujo que poetice su vulgaridad.”

—La otra mañana pasaste con un rubio, guapo, de larga barba; ¿es tu hermano?—preguntó la joven.

—Sí.

—¡Buen mozo!